

ACCEP

Master en Teoría y Práctica Psicoanalítica

Lola Andrade Olivié

Tutora: Carmen Lafuente

Curso: 2018.

Primera parte.

«Ningún crimen lo cometí por odio, el que se ensaña es mi amor desgraciado». Medea, Séneca.

I

¿Qué lleva a una madre a matar a su propia hija?

La escritura de mi última novela de ficción basada en el asesinato de una niña china en Santiago de Compostela, me ha llevado a preguntarme de manera muy insistente el cómo puede una madre llegar a matar a un hijo, qué tiene que pasar por la cabeza de una madre para llegar a cometer el más brutal de los crímenes, y cómo el instinto de protección quedaría en estos casos, anulado por completo.

Busqué casos similares no solo en la literatura sino casos que habían sucedido en la realidad, que desgraciadamente, en los últimos años han sido muchos. Fue entonces cuando recordé el cruel asesinato de la niña Hildegart por su propia madre. Este caso tuvo una máxima repercusión en los medios culturales, españoles y europeos, durante los años treinta del siglo XX. Decidí entonces tomarlo como ejemplo y estudiarlo más a fondo, para ello leí varios libros referentes al caso incluido un historial clínico que me ha sido de gran ayuda.

Hildegart era una chica superdotada, al igual que lo era la pequeña niña china, Asunta. Una chica que, según su madre, había sido concebida eugenésicamente para redimir a la humanidad pero que a partir de los trece años –aproximadamente la edad a la que fue asesinada Asunta- se apartó, del derrotero que su madre le había trazado y esto, según ella contó a los diferentes psiquiatras que la trataron, fue el motivo por el cual la mató. Fue causa de su odio.

Aurora Rodríguez, la madre, vivía bajo la convicción paranoica de que todo el mundo quería secuestrar a su hija para evitar así que la niña cumpliera la misión que ella le había encomendado, cualquier operativo, cualquier carta era registrada como un acto más del complot organizado contra ella. ¿La certeza del psicótico?

Hildegart cumplió a rajatabla durante un tiempo las órdenes de su madre: entre los 12 y los 18 años publicó, al menos 116 artículos y 14 libros,

inspirados por ella. Pero el esfuerzo de la joven tampoco fue suficiente para aplacar el odio de la madre. Aurora, una enferma paranoica, organizó un sistema delirante por el cual, según ella, no tuvo más remedio que matar a su hija. El caso Hildegart fue llevado al cine, una magnífica película dirigida por Fernando Fernán Gómez en los años setenta del pasado siglo. Aurora, la madre asesina acabó muriendo de cáncer, en el psiquiátrico de Ciempozuelos.

¿La madre odiaba a su hija si no cumplía todos sus deseos? ¿Su hija se convirtió en un espejo de sus propias frustraciones? ¿La mató porque era suya?

Hildegart se convirtió en el objeto del fantasma de su madre y como señala Josep Moya en su libro: «Maldad culpa y responsabilidad»: «no solo fue deseada como simple prolongación de Aurora sino que debía mostrarse totalmente carente de impulsos, deseos o ambiciones propias. Debía actuar, como su madre había previsto, con *obediencia de cadáver*. Intentó por todos los medios adueñarse de la mente de su hija y convertirla en un simple robot que cumpliera a rajatabla todas sus órdenes.»

En el caso de la madre de Asunta, ¿quiso esta madre que su hija también fuera un robot a sus órdenes y como la niña creció, quizás contrariándola, actuó de la misma manera que la madre de Hildegart, matándola?

¿Estaba Rosario Porto bajo un delirio psicótico paranoide que la llevó a matar a su propia hija?

¿Aurora Rodríguez había sido también presa de un delirio psicótico paranoide?

Entonces, mientras preparada la documentación para la novela y aunque mi intención era ya analizar exclusivamente el caso de Hildegart, hice una lista de todos los crímenes que se habían cometido en los últimos años, de padres o madres a hijos, los llamados filicidios.

En la España actual, el filicidio es más frecuente de lo que queremos pensar. Según los datos disponibles: en los últimos 15 años, cerca de 300 niños han sido asesinados, en nuestro país, por sus propios padres. ¡300 niños! Ejemplos como el de Bretón, que mató a sus dos hijos quemados en una hoguera en su finca, o el infierno de Daniel Pelka, el espeluznante asesinato del niño inglés de cuatro años que fue torturado durante años a

manos de sus padres en marzo del 2012, los llamados «monstruos polacos». Al final incluiré una pequeña lista de algunos de los casos.

También me pregunté si el crimen y la locura podrían ir unidos, o si el mito de Medea era realmente el que mejor ejemplificaba una posible respuesta a los filicidios.

Medea ama a sus hijos pero elabora su venganza de manera más compleja, por eso no le basta con matar a Jasón, ella quiere matar lo máspreciado que él tiene, que son sus hijos, los hijos de ambos. Por eso Lacan dice que «en ella lo que es mujer supera lo que es madre». «De mujeres y semblantes» Miller (página 93)

«Lacan dice que el acto de una verdadera mujer, no es el acto de Medea, pero sí que tiene la estructura del acto de Medea. El sacrificio de lo que tiene de más precioso para abrir en el hombre el agujero que no se podrá colmar».

Pero ¿qué sería entonces la verdadera mujer para Lacan? La respuesta que nos da Miller en «De mujeres y semblantes» (página 90): «Lo verdadero, en una mujer se mide por su distancia subjetiva de la posición de la madre. Porque ser la madre de su hijos, es para una mujer querer hacerse existir como La. Hacerse existir como La madre es hacerse existir como La mujer en tanto que tiene.»

Medea, como madre, se convierte en la asesina por excelencia. Su pasaje al acto no sería de una verdadera mujer, sino la prueba de su psicosis. «La “mujer verdadera”, en el sentido de Lacan, le permite al hombre mostrarse como deseante, en tanto que ella asume el menos» Pero Medea, que lo ha hecho todo por su hombre, empezando por una traición a su propio padre, se siente despreciada y abandonada por Jasón, en ese momento, ese «tener» como madre ya no le es suficiente.

Medea da el ejemplo de lo que hay de extraviado en una verdadera mujer.

Después releí el artículo de Camila Vidal, «las paradojas del deseo materno» que comienza con la siguiente idea: «Lo que resulta tan aterrador del deseo materno es que no existe tal deseo, su deseo va por la vía de lo femenino, el niño como tal sujeto no le interesa a su deseo. De ahí la indefensión». Y continúa Camila: «El niño es, — nos dice Lacan—, el producto de una operación que hace al goce de los padres: el coito. Es un resto de esa operación. La madre, igual que el padre, no está interesada

en el niño en tanto tal, con suerte, podrá incluirlo, si su posición lo permite, en la metonimia de sus objetos, objetos de goce se entiende, tomándolo en su campo pulsional y eso en el mejor de los casos».

Pero, según Lacan, el deseo de la madre por el niño es tan intenso que no es que no lo desee, sino que por el contrario, lo desea demasiado. El deseo de la madre por el niño produce estragos y lo ejemplifica con la aterradora metáfora del cocodrilo, para el niño es como estar dentro de la boca de un cocodrilo siempre a punto de poder cerrarla y devorarlo.

El niño nunca sabe qué mosca puede picarle a la madre y que de pronto cierre la boca. «Eso es el deseo de la madre. (Lacan, 1970, p. 118). Se trata de un deseo devorador, acosador, asfixiante -de aquí el síntoma del asma de muchos niños-; frente a ese deseo el niño está a solas, y lo que él puede esperar de ese deseo es daño, catástrofe, devastación.»

La pequeña Asunta tenía asma.

En las formulas de la sexuación, (seminario 20 Aun capítulo I. Del Goce), Lacan habla de la duplicidad de lo femenino, la mujer se puede relacionar con el falo bajo la forma del semblante fálico del ser o del tener. O como partener síntoma de un hombre haciendo semblante de objeto a su fantasma, ofreciéndose como causa, asegurándose ser -no toda-. Pero además Lacan ubica del lado de lo femenino, del no todo, un goce otro, un goce suplementario al goce fálico. Este goce no todo, sin medida fálica, puede llevar a la mujer a la locura, al estrago o a los celos ilimitados, destructivos... un goce psicótico.

Pero, ¿por qué el deseo de la madre es estragante? Porque la madre también es mujer. ¿Medea, me pregunto? Al respecto, dice Miller (1998) que «...es preciso ubicar el deseo de la madre en la medida en que ella es mujer» (p. 437). ¿Y qué es una mujer? Miller responde: un sujeto insaciable, «una fiera que busca algo para devorar. Así la madre en falta tiene como función primaria, no el cuidado ni la atención del niño, sino la devoración. Porque está en falta, busca qué devorar» (p. 439). Es decir que esa mujer que se hace madre, no se satisface del todo con ese niño, sigue en falta, insatisfecha.

Este carácter insaciable habla de un plus de goce, un goce que está más allá del falo, (Miller, 1998); se trata precisamente del goce femenino, ese goce Otro, infinito, sin límites, insaciable y devorador.

Dice Lacan (1992): «Hay un palo de piedra por supuesto que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Eso es lo que se llama falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra» el padre es a quien le toca lidiar con la falta de la madre como mujer (Miller, 1998); en esto consiste la función paterna: poner ese palo de piedra en la boca del cocodrilo.

«Este palo, continúa Lacan para entender su función, (Reverso del psicoanálisis 117) está en la propia mujer–madre si ha pasado por la castración, independientemente de que tenga pareja. Si la tiene y la limita mejor, pero en ella está el «palo». A no ser que sea psicótica». Como parece ser el caso de ambas mujeres, la madre de Asunta y la madre de Hildegart.

La madre de Asunta o la madre de Hildegart fueron como enormes cocodrilos que cerraron sus fauces de manera abrupta, salvaje, devorando lo más preciado, devorando la inocencia de un hijo que confiaba en sus padres como sus máximos protectores y no como los causantes de tan terrible tragedia. En ese caso no solo no funcionó la metáfora paterna, nadie pudo poner el palito que trabara la desmesura de esas madres.

Aún peor en el caso de Asunta, ya que como si de dos perversos se tratara, ambos padres parece ser que confabularon y premeditaron— probablemente después de tratar a esa niña como objeto de su goce perverso, — su propia muerte.

II

«Como el doctor Cooper ha expresado... para obtener un niño psicótico se precisa, cuando menos, el trabajo de dos generaciones, apareciendo el fruto en la tercera»

J. Lacan Recherches Diciembre 1968.

El apego y los vínculos afectivos que construimos con nuestras figuras de apego como padres o cuidadores determinan la base donde se irá

fundamentando la personalidad. «De ahí, si en mi infancia he sufrido alguna forma de negligencia (no necesariamente maltrato físico, psicológico o sexual, **sino algo más sutil pero igual de dañino**, como por ejemplo la privación de mis derechos y necesidades psicológicas básicas) construiré indudablemente una personalidad vulnerable a la inestabilidad emocional y vulnerable a entrar en estados de disociación graves, donde literalmente otro YO actúa sin la mediación de la parte de mi personalidad más sana» Esto es lo que nos dice Martha Alonso , especialista en apego y disociación y añade: «hay que tener en cuenta la empatía, la capacidad **que se nos enseña la adquirimos inconscientemente a través de las relaciones de seguridad tempranas**. Éstas generan el caldo de cultivo para sentirnos sentidos y apreciados, y poder así formar nuestro autoconcepto, y diferenciación con la figura que nos cuida, es decir, percibirles como los otros»

Decidí entonces indagar en la genealogía familiar de las dos niñas de mi estudio: Hildegart y Asunta, pero sobre en sus vínculos afectivos, en la relación que estas niñas habían podido tener con sus madres, Aurora y Rosario respectivamente, con la finalidad de comprobar si podía haber un hilo en la genealogía, o en su relación parental, en la línea de la frase antes citada de Lacan, para comprender algo más sobre «cómo se puede forjar una loca». (Guillermo Renduelles. Manuscrito).

La madre de Hildegart, Aurora, contó a varios de los psiquiatras que la trataron durante el juicio y posterior entrada en la cárcel, cómo era su núcleo familiar. Su familia estaba dividida en dos grupos simétricos pero totalmente enfrentados, enfrentados a muerte. Creo que esta perversa simetría pudo haber generado distintas patologías.

En el primer grupo estarían su madre y su hermana mayor, Josefa, a la que Aurora odiaba precisamente por ser la favorita de su madre y de la cual llegó a decir era como «un quiste de la madre». Curiosa afirmación de quien años después pretendía que su propia hija (Hildegart) fuera su particular quiste. También dice de ella que madre e hija (su hermana Josefa) llegaron a enamorarse del mismo hombre.

¿Qué hombre? Me pregunto yo.

Bien, en el otro grupo del núcleo familiar se encontraría Aurora y su padre, del cual dice «que ella era su ratoncito» y que su despacho era el

único escenario de su vida infantil. ¿Ratoncito? ¿Qué se hace con los ratoncitos? se experimenta sobre ellos.

Aurora dice de su propia madre que llegó a maltratarla, que cada vez que se acercaba a ella era para pegarle, que su madre la trataba como si ella no significase nada para su madre. Tiene una queja infinita— fundamental— sobre ella, ni siquiera le ha dado el pecho, dice, la leche materna, falta de leche igual a falta de amor. En cambio sentía predilección por su padre del cual dice que «ella era para él, ilusión».

Ilusión para el padre, nada para la madre. Pero ese «nada» se transformó en la siguiente generación, en su propia hija Hildegart, en un «todo» asfixiante, en un todo devorador, si su hija no lo era todo para ella, no sería entonces, nada.

Aurora, curiosa y paradójicamente, eliminó a la única persona que podía poner un palito entre ella y su hija, eliminó un marido. Y si como referente de los hombres podía haber encontrado uno similar a su padre, por el cual ella sentía un gran afecto y predilección, su invasión devoradora, su trauma fundamental, la obligó a rechazar cualquier intromisión paterna. Ahora ella era la que tenía las riendas, sobre todo las riendas de su delirio. Para una psicosis paranoica como la suya el delirio cumplía una función, la de estabilizarla.

En el caso de la pequeña niña china, Asunta, sabemos también que la madre, Rosario Porto, tuvo a su vez una madre posesiva y autoritaria, y como en el caso de la madre de Hildegart, el padre era comprensivo y querido. Los padres de Rosario Porto, según ella, más bien la madre, aplastó todos sus deseos y ejerció sobre ella una dictadura de obediencia, dictadura que ella posteriormente ejercería sobre su propia hija adoptiva a la que obturaba con sus continuas demandas. La hija de Rosario Porto no fue concebida como Hildegart, para salvar al mundo, sino que fue buscada para salvar el propio mundo de Rosario, fue buscada tan lejos para llenar su terrible vacío existencial, para colmar su falta. La adopción de la pequeña niña china fue como un tapón para Rosario, no la adoptó para que viviera su propia vida, sino para solucionar los problemas ancestrales de autoestima de su madre, para revertir y repetir sobre ella su propia aventura de desamor materno.

Vemos en ambos casos que estas madres apartan de su entorno al hombre. Aurora, en esos grupos simétricos que ella misma había montado en su familia, en ese juntar a su madre y a su hermana mayor, alejadas totalmente del padre (puesto que el padre estaba con ella en el otro grupo) lo que hace es forcluir el nombre del padre, y es esa ausencia de metáfora paterna la que le llevará a crear a Hildegart por medios casi cercanos a la inseminación artificial, prueba de la omnipotencia materna, como falo de la madre, que jamás aceptará la ley ni el nombre del padre.

En ese grupo simétrico, Aurora se afilia con el padre y llega a decir: «Así aprendí a odiar a las mujeres.» Curiosa afirmación. Odiará a todas, a su madre, a su hermana, e indefectiblemente a su propia hija cuando esta ya no le obedece ni le sirve para sus planes.

Aurora define ella misma su trauma cuando les cuenta a sus psiquiatras que cuando era pequeña, a la edad de tres años, vio a su madre besándose con un hombre en la alcoba. « Mi padre no podía ser el hombre del beso» les repite a los psiquiatras. Aquí se ve la escena primaria generadora del trauma infantil. El hecho inadmisibles para un niño de comprobar y/o ver las relaciones sexuales entre sus padres. A Aurora ni se le pasa por la cabeza que el hombre de la alcoba pueda ser su padre, viéndose aquí claramente el conflicto edípico.

La madre de Hildegart, Aurora, comenta extensamente todos los aspectos negativos de su propia madre, nunca nada le es suficiente, ni la leche, ni sus cuidados, ni su educación, por el contrario, sí es suficiente lo que le da el padre, con el que adquiere una eterna fijación. Quizás, como dice Freud, esta fijación por el padre, nos llevaría a pensar en una primitiva e intensa fijación con la madre. En la prehistoria del Edipo femenino Freud establece una ley de proporcionalidad entre ambas fijaciones.

Una de las posibles causas de la fase disociativa en la que está instalada Aurora, puede ser su división de su mundo en dos bloques, el de ella con su padre y los demás como perseguidores. Ella toma un papel entonces de justiciera, parece llevar las cuentas de la familia, y tiene un mandato que cumplir, es la que ha de dar y quitar méritos según su propio criterio, es decir según el criterio de su fantasma, y culpando a su hermana y a su madre de todo y por ende a toda la línea materna, y salvaguardando por el contrario al padre y con él a toda la línea paterna.

No es de extrañar que ese fantasma delirante, que no solo no pudo resolver durante su vida familiar sino que continuó creciendo, se convirtiera en el eje principal de su delirio hacia su hija. Ella cumpliría lo que su madre no había conseguido. Hildegart, o servía para realizar lo que ella no había sido capaz en su vida, o si no, no le serviría.

¿Y por qué no la dejó marchar? es la pregunta que me hago en ambos casos. Rosario Porto pudo haber dejado a la niña, si le molestaba, con algún pariente o enviarla a un internado, y Aurora, pudo haber dejado que Hildegart rehiciera su propia vida fuera del fantasma materno. Pero no, algo de la alienación madre hija se jugaba en ambos casos, como dijo la propia Aurora cuando mató a su hija, «sintió como algo de su alma volvió a ella». Es decir, la comunión perfecta entre ambas solo se realizó con la muerte de su hija.

«Yo comprendo qué crimen tan grande voy a osar, pero en mis decisiones impera la pasión, que es la mayor culpable de los males humanos» dice la Medea de Eurípides.

La pasión de Medea me ha hecho pensar en el mito de Pigmalión, cuando el escultor tras realizar su obra perfecta se enamora de ella, se apasiona por ella, pero al comprobar que por más que haga la estatua no cobrará vida, entonces con la misma pasión la destruye. El caso de Aurora Rodríguez, es similar al del mito. Al final, la mata, sí, pero la mata precisamente por lo contrario, porque Hildegart, su hija, su creación, tenía demasiada vida y ella quería una especie de estatua, una muñeca, ella quería un robot a quien dirigir, la «obediencia de cadáver» a la que Josep Moya se refería.

Rosario Porto también estaba alienada por completo a su hija Asunta. No podía dejarla marchar porque esa alienación solo podía ser eliminada una vez completado su delirio, y su delirio se movilizaba bajo el imperio de la pulsión de muerte, de la pasión- a- muerte.

Otro punto de la escena primaria por analizar es todo lo referente a lo femenino en la familia de Aurora, sobre todo, que para ella, lo referente a la sexualidad está concebido en el campo del mal. Hasta el punto que se definía así misma como «asexual» Su madre, de la que se avergonzaba, representaba para ella todo «lo sucio», el deseo, la sexualidad, y el goce.

De hecho, Aurora tiene una preocupación obsesiva durante toda su vida por la idea del bien y del mal. Idea que luego desarrollaré.

Fue precisamente a raíz de que su hija Hildegart encontrara su primer novio que Aurora decidió matarla. No estaba de acuerdo con esa relación, no solo porque él era el que la podía separar de ella, sino porque se los imaginaba en el acto sexual y no lo podía soportar, al igual que cuando tenía tres años y no podía entender que aquel señor que veía besando a su madre en la alcoba era su propio padre. Pues sí, fue precisamente en ese momento cuando Aurora decidió matarla. La escena originaria en la que ella se sintió totalmente rechazada, se repetía ahora con su hija, ella se volvía a sentir fuera de la escena, Hildegart era su «estatua perfecta», no se podía mover de sus coordenadas delirantes porque cualquier movimiento desestructuraba el delirio que la mantenía y ahora, su hija, por la que tanto había luchado, tenía novio, si no lo frenaba se iría con él abandonándola, rechazándola.

El Edipo no resuelto de Aurora la llevó a gestar desde pequeña la teoría de que su padre era para ella. Narra cómo de pequeña jugaba con su padre en su despacho y un día le regaló una muñeca, aquella muñeca fue el súmmum para Aurora, la arreglaba, la vestía, dice: «tenía cuatro años y quedé deslumbrada cuando mi padre me la regaló». A la pregunta que le hizo a su padre de por qué la muñeca no se movía, el padre le respondió «porque no era de carne y hueso» y entonces ella le contestó algo que demuestra su temprana y terrible fijación hasta conseguir hacer de ello su plan de vida. «Pues no pararé hasta tener una muñeca de carne y hueso» Como así pretendió con su hija. Pigmalión se iba gestando.

A raíz de ahí le pide a su padre una muñeca de verdad y este le contesta limitando de alguna manera el pedido incestuoso de su hija: «tendrás una cuando te cases». Esta respuesta horroriza a Aurora que no podía concebir el matrimonio, y le manifiesta ya entonces su desprecio al hombre y el odio al sexo: «Yo no me casaré porque no quiero compartir con nadie mi muñeca de carne, será solo mía». No estaba dispuesta a aceptar la ley del padre.

Tardará una generación, la de su hija, en poder borrar todas las huellas paternas (no quiere un padre para su hija) para así ejercer sobre ella el imperio materno de devoración absoluta.

Aurora también declara que «ningún hombre la ha podido satisfacer de cintura para abajo» ninguno me ha hecho gozar». Dice también que nunca ha sentido ninguna atracción hacia el propio sexo. Al forcluir uno de los términos del Edipo—su madre, lo femenino— excluye también cualquier elección sexual hetero u homosexual. Sin triángulo no hay posible identificación edípica. Aurora queda presa de un narcisismo que solo aspira a una relación dual, a una fusión total sin ningún otro mediador. Solo un hijo como su imagen ideal.

Cuando nace su hija Hildegart, Aurora no solo intenta que la niña no note la carencia paterna, sino que impide también que su hija note la ausencia materna, por tanto, antes de que la niña sienta la falta de algo y formule un deseo, la madre colma esa carencia impidiendo que la niña nazca como un sujeto deseante. Intentando con todo ello que la simbiosis entre ambas fuese perfecta.

Es de hecho, cuando Aurora percibe que su hija Hildegart está pensando en irse, en romper esa simbiosis idílica, cuando Aurora decide que si no están juntas, Hildegart es el mal a destruir, no soporta ningún intento de separación por su parte, la vive como una destrucción del vínculo que las une y por ello decide matarla. Su muñeca perfecta no lo era tanto ¿y qué pasa cuando a una niña le deja de gustar su muñeca? Que la tira.

En ambos casos, el de Rosario Porto y el de Aurora, ambas consiguieron que sus hijas fueran casi perfectas, niñas con un coeficiente intelectual muy por encima de lo normal, sobre estimuladas en su infancia con todo tipo de clases y tutorías, aprendizajes de instrumentos, idiomas, lecturas, todo ello con muy poco tiempo para ellas mismas ni para que emergieran sus propios deseos. En esa casa solo había el mandato materno, las dueñas de las muñecas eran las dueñas de sus vidas. Lo que sí puedo observar es que ambas niñas no tuvieron infancia. Ambas madres fueron de una frialdad gélida—heredadas de sus propias madres— en las que los «te quiero» brillaban por su ausencia, solo había autoritarismo, posesión y delirio fantasmático.

En el caso de Asunta, aunque son completamente distintos, la niña por lo visto levaba un diario, una pequeña libreta que le servía para intentar verbalizar simbólicamente algo de lo que le estaba pasando. Quizás también era la única manera que había encontrado para separarse del

mandato de su madre, para salirse de su reflejo imaginario y para poder especular sobre la muerte.

La película que encontraron en el armario de Asunta, curiosamente, al lado de su diario, era: «Anatomía de un asesinato».

Pero para entender mejor ambos casos, no podía hacerlo sin recurrir al tema de las pulsiones y en concreto a «la pulsión de muerte».

III

«Por mi vida que la senda no se ve, nos extraviamos. ¡Qué hacer! Nos lleva un demonio dando rumbos por el campo. ¿Cuántos son? ¿Adónde corren?».

A. S. Pushkin. (Los demonios)

La pulsión de muerte.

Según el texto de Josep Moya, «Maldad, culpa y responsabilidad» a su vez tomado de los escritos de Freud: «la pulsión de muerte es la tendencia del ser hablante a actuar en contra de sí mismo..., con carácter repetitivo, dicha repetición era la manifestación de una fuerza que hasta entonces no había sido vislumbrada, una pulsión de muerte que o bien se dirige al propio sujeto o bien hacia el exterior».

Aquí se incluirían las toxicomanías y los comportamientos suicidas, por ese motivo lo cito en referencia al caso de Rosario Porto y sus continuos intentos de suicidio en la adolescencia y madurez.

Rosario Porto como he dicho, había intentado suicidarse algunas veces a lo largo de su vida, estuvo varias veces ingresada en el hospital, arrastraba desde pequeña una novela familiar muy compleja, como en el caso de Aurora un conflicto de tipo edípico mal resuelto, y se sentía en deuda con su familia, quizás la saturaba una culpa salvaje, primordial, una deuda imposible de pagar, solo con la muerte. Ella era la enferma y la que avergonzaba a sus padres porque no era lo que ellos habían planeado, una mujer con estudios de derecho, abogada, más tarde casada pero aun

así, totalmente insatisfecha y con la pulsión de muerte desatada, hiciera lo que hiciera acababa en el hospital.

El tema de la adopción en concreto no se sabe si fue también un deseo de los padres para ver si con un hijo, su niña se podría curar de todos sus males, pero como decíamos antes, Rosario no solo no se pudo satisfacer con la adopción de su hija, que acabó siendo el objeto del fantasma de la madre, sino que lo único que consiguió fue someterse de nuevo a los mandatos paternos, y ahogar así su propio deseo, de hecho, no creo que entre sus deseos estuviera tener un hijo. Quizás, cuan muñeca, le sirvió como un capricho, ahora la quiero, ahora no la quiero, pero curiosamente una vez tuvo a su hija en casa, empezaron los problemas, desde que la niña era bien pequeña, ya le molestaba por su enorme vitalidad.

Una nota interesante es que Rosario Porto, cuando llegó de viaje con su pequeña niña china en brazos, se dio cuenta de que estaba embarazada. Esta noticia que podría haberle alegrado la vida, la hundió de nuevo en la miseria, decidió abortar rápidamente alegando que los doctores le aconsejaron que con «el lupus» que padecía desde hacía años no era recomendable. ¿Y yo me pregunto, quién es ese lobo que desde bien pequeña perseguía a Rosario Porto? Y recordé la frase Hobbes, «Homo homine lupus» «el hombre es un lobo para el hombre», sí en este caso era literal.

En todo caso, debe de ser muy difícil realizar un aborto de tu propio hijo y coger en brazos a uno que has ido a buscar al otro extremo del mundo. Sobretudo alegando que es por culpa del «lupus» ¿Del lobo? ¿Pulsión de muerte?

Pasados unos años, Rosario siguió, si cabe, más insatisfecha todavía. Aquello (la niña, su muñeca) no era lo que le tapaba su falta, porque su falta era una falta imposible de tapar.

La niña no la colmó, como si lo había hecho Hildegart para su madre, sino que la dejó todavía en peor estado, el agujero de su falta en vez de disminuir, se hizo más grande y por lo tanto, insoportable hasta el punto de desear su muerte.

Lo que pienso es que la misma pulsión de muerte que llevó a Rosario Porto a querer suicidarse varias veces, se tornó en un segundo tiempo hacia el exterior. Morir o matar. Cuando comprendió que aquello que

pensaba la curaría de todos sus males—su niña— no solo no lo había hecho sino que cada vez se encontraba por, entonces revirtió su pulsión de muerte hacia el exterior, en este caso hacia su propia hija.

No comentaré para este trabajo si el padre tuvo algo que ver o no en todo lo que sucedió, ha habido todo tipo de especulaciones de que entre los dos padres utilizaron de manera perversa a su hija como objeto de sus perversas fantasías, pero no es el objeto del trabajo analizar ese punto.

Aurora Rodríguez también comentó en alguna ocasión que tuvo muchas dudas de si ella era la culpable de que su hija no fuera todo lo perfecta que ella había planeado y que se sintió tan mal que incluso pensó en el suicidio, pero curiosamente no lo llevó a cabo y de la idea de suicidio pasó a matar a Hildegart. De nuevo morir o matar.

Segunda parte.

« El mal es vulgar y siempre humano, y
duerme en nuestra cama y come en nuestra mesa»

W.H. Auden

El mal/ El kakon

Para terminar este trabajo, la idea del filicidio me llevó a querer ahondar un poco más en la idea del crimen en general, en la agresividad, en la violencia y en la explotación que se ejerce siempre sobre el más débil.

En concreto quería ahondar en el **tema del mal** en el ser humano, «**el Kakon**» para los griegos que luego veremos, y también su origen en la idea de la pulsión de muerte. Para ello repasé brevemente la opinión de algunos autores, escritores y filósofos.

Mi primera pregunta fue **¿De dónde viene el mal?** ¿Cualquiera entonces puede devenir en un asesino?

Aristóteles decía que el hombre era un ser social por naturaleza, Hobbes como hemos visto antes casi de manera textual, nos dice «homo homine lupus». Y nos señala exactamente lo contrario de Aristóteles. «*El hombre*

es por naturaleza malo, egoísta y antisocial.... Impulsado por un perpetuo e incansable deseo de poder que cesa sólo con la muerte»

¿Por qué el hombre busca su propio mal y persevera en él como si fuese el mayor bien? En *La religión dentro de los límites de la razón*, Kant (1793) sostiene que siempre podemos resistirnos al mal porque tenemos la libertad de elegir entre lo bueno y lo malo, la libertad de darnos, a nosotros mismos –como seres racionales y finitos–, la ley. Pero es un hecho que el hombre, pudiendo elegir el bien, es capaz de elegir el mal, y por eso Kant introdujo la idea de la «maldad radical», entendida como una propensión innata al mal y cuya expresión extrema es la malignidad. Y matiza: «en el corazón del hombre hay una inclinación innata a la maldad, una especie de perversión del corazón».

En línea con Freud, **Bataille** (1957) dice que la moral sadiana se basa en la idea de la soledad absoluta del hombre: la naturaleza nos hizo nacer solos, el hombre no gusta de la relación con los otros, y el dolor del otro siempre cuenta menos que mi goce.

Sade sacó a la luz el exceso que nos funda como sujetos, al afirmar que la voluptuosidad es más fuerte cuando se da en el crimen. En el nivel del goce, no puede haber acuerdo, y, para Sade, no hay comunidad ni relación posible con el otro; en este nivel, no hay comunicación. El otro es insoportable.

«El infierno son los otros» dice **Sartre** en su obra «el ser o la nada». Hace patente la dificultad del encuentro con el otro, la peligrosa mirada del otro. Ser mirado para Sartre es ser sometido: «El otro a través de su mirada instauro a mí al rededor un entorno de peligro» nos dice.

La violencia forma parte de nuestra vida, dice **Wolfgang Sofsky** en su libro «La era del espanto», y nos explica cómo la violencia puede ofrecer una gama de satisfacciones que van mucho más allá del hecho de matar.

Jorge Semprún también habla del mal radical después de su terrible experiencia de torturas en los campos nazis, en su obra «la escritura o la vida». Para él este mal, no es ni siquiera los padecimientos que tuvo que sufrir durante su encierro, para él el mal radical era no tener la libertad ni siquiera para morir.

Según **Eric Weil**: «empíricamente el hombre es criminal, precisamente porque es libre. Ontológicamente es llamado al bien, empíricamente elige

en su libertad. Es por ello que no es bueno ni es malo, sino que lleva en sí la lucha del bien contra el mal. Él es esa lucha».

Esta idea de Weil me hace volver sobre el escrito de Jacques Allan Miller, «No hay nada más humano que el crimen». En el que expone:

*«El psicoanálisis nos muestra que nuestro ser comprende también esa parte desconocida, el inconsciente reprimido que está en el interior del yo, que me agita y actúa en mi lugar, aunque Freud lo llama: el ello, está en continuidad con el yo. **Somos criminales inconscientes**, y esto aparece en la conciencia, principalmente en la conciencia obsesiva, como sentimiento de culpabilidad. Según Freud, toda conciencia moral y la elaboración práctica del discurso del derecho son reacciones al mal que cada uno percibe de su ello. De ahí lo que se pudo den evidencia desde el siglo XVIII y sobre todo después del XIX: la fascinación por el gran criminal.»*

La paradoja que expone Miller, de que no hay nada más humano que el crimen, nos la explica presentando que aquello que parecía lo más inhumano fue reintroducido en lo humano por Freud. Sigue Miller, en ese sentido el crimen desvela algo propio de la naturaleza humana, aunque evidentemente existen también en nosotros la simpatía, la compasión y la piedad. Quizás lo humano es precisamente el conflicto entre las dos vertientes de la ley y del goce.

A este respecto, vemos como ya Freud en su carta de respuesta a Einstein ¿Por qué la guerra? desde Viena el 28 de diciembre de 1914, le explica ampliamente sus tesis sobre los impulsos destructivos inconscientes reprimidos de los individuos que no solo no han desaparecido sino que esos impulsos primitivos y salvajes persisten de tal manera — reprimidos— en el inconsciente a la espera de ser liberados. También le explica sus tesis sobre la debilidad y dependencia del yo, y termina con:

*«Usted se asombra de que resulte tan fácil entusiasmar a los hombres con la guerra y, conjetura, algo debe de moverlos, **una pulsión a odiar y aniquilar**, que transija con ese azuzamiento. Creemos en la existencia de una pulsión de esa índole y justamente en los últimos años nos hemos empeñado en estudiar sus exteriorizaciones».*

A partir de ese momento comienza a explicarle su teoría de las pulsiones, que hemos ya tratado en el capítulo anterior y paso a paso le va

adentrando en las pulsiones de vida, «*aquellas que quieren conservar*» y sobre todo, las pulsiones de muerte, las que «*quieren destruir y matar*»

En cuanto a los instintos de muerte. (Pulsión de muerte) continúa en dicha carta:

Que el instinto de muerte se torna instinto de destrucción cuando, con la ayuda de órganos especiales, es dirigido hacia afuera, hacia los objetos. (Como antes mencionaba en el caso de Rosario Porto hacia su hija).

*El ser viviente protege en cierta manera su propia vida destruyendo la vida ajena. Pero una parte del instinto de muerte se mantiene activa en el interior del ser; hemos tratado de explicar gran número de fenómenos normales y patológicos mediante esta interiorización **del instinto de destrucción.***

Freud, —y me encanta esta definición por su precisión—, al teorizar sobre la pulsión de muerte, la describía del siguiente modo: "...**es muda, actúa silenciosamente** y se exteriorizaría (...) como pulsión de destrucción dirigida al mundo exterior y a otros seres vivos...". (1923)

En el malestar de la cultura Freud ya habla de la des-mezcla pulsional: «sin la barrera con la que opera la pulsión de vida, la pulsión de muerte se expresa como la tendencia a la destructividad característica de los hombres».

«El enemigo interior» J. Lacan

La última idea a tratar siguiendo la línea del concepto del mal y de la pulsión de muerte que antes avancé, es **sobre el Kakon.**

Para ello comentaré de manera breve la opinión de algunos autores que he trabajado.

En primer lugar el significado, «Kakon»: concepto del mal, palabra griega que significa desgracia, dolor.

Lacan introduce dos categorías: los crímenes del yo y los del ello, o pulsionales, y sobre los asesinos inmotivados dice: «lo que el asesino quiere matar no es su yo o su superyó, es su propia enfermedad, o de modo más general, su Kakon: «El mal». Es como una especie de agresión simbólica.

Giraud, también escribe una serie de trabajos sobre los homicidios a los que a veces llama «aparentemente inmotivados» y va más lejos cuando dice que «el alienado lo que trata de alcanzar en el objeto que golpea no es otra cosa que el Kakon de su propio ser» Estos autores afirman que algo del goce está ligado al Kakon.

«Giraud intenta aislar la psicogénesis de las bruscas reacciones antisociales frecuentemente observadas en la esquizofrenia. Plantea como causalidad de estas violencias aparentemente inmotivadas la liberación, la eliminación del kakon, es decir, del sentimiento desagradable que lo invade y que lo empuja a “liberarse”». El enfermo intenta entonces golpear la enfermedad objetivada. (Los homicidios involuntarios, artículos web Elena Tendlarz).

Según Pablo D. Muñoz, en su libro «la invención lacaniana del pasaje al acto», el kakon es el nombre que la psiquiatría ha dado a ese sentimiento desagradable que invade al enfermo.

Elena Tendlarz en su artículo: «Acerca del Kakon»: expone también la teoría de los autores Monakow y Morgue, en «introducción biológica al estudio de la neurología y de la psicopatología» según la cual: *«crisis de kakon representan las crisis o complejos neurovegetativos que se producen en la psiconeurosis, condicionadas por **traumatismos de orden sexual**. La crisis se desarrolla de la siguiente manera: súbitamente el paciente empalidece y comienza a transpirar, lo invade un sentimiento doloroso de peligro inminente (como por ejemplo el riesgo de un ataque cardíaco), y luego padece una violenta agitación motriz. El episodio dura apenas algunos minutos, pero el sujeto queda aterrorizado frente a la eventualidad de la reaparición de estos fenómenos. El individuo siente que se enfrenta a un gran peligro e intenta defenderse a través de su aparato reflejo. Lo que predomina en el momento de la crisis –más allá de la motivación- es el esfuerzo por desembarazarse del estado doloroso a través de sus fuerzas psíquicas (que resultan insuficientes). La crisis*

de kakon es pues la liberación de un complejo de naturaleza automática, al que solo el aparato reflejo logra brindarle una salida».

Lacan evoca el mecanismo liberador del kakon en el análisis que hace del pasaje al acto de Aimée. Subraya cómo el objeto que ella golpea deviene el símbolo de su enemigo interior, de su propia enfermedad. «El ser golpeado en el exterior es el ser más íntimo del sujeto» diría también Miller.

Indica también Lacan que el «enemigo interior» en Aimée es puramente especular y permanece en el dominio de lo imaginario, interviniendo simultáneamente tendencias auto-punitivas.

Aimée agradece al ser brillante a quien odia justamente porque representa el ideal que ella tiene de sí misma. En este caso, su pasaje al acto funciona como cierre de su delirio. No así en el caso de Rosario Porto.

Y Rosario Porto, ¿a quién o qué mató cuando mató a su hija? Ella sigue diciendo desde la cárcel que no ha matado a su hija, su no reconocimiento de lo que ha hecho tiene que ver precisamente con ese «enemigo interior» del que estamos hablando, Rosario Porto, en realidad mató a la hija que ella fue para sus padres, aquella niña que nunca estuvo a la altura, por eso creo que con su acto la niña muerta es ella, pero ahora además, una muerta en vida.

Quizás en este caso se produce lo que Lacan llama « la muerte del sujeto», ya que después del acto solo queda el silencio.

Guiraud y Lacan entienden el concepto de Kakon de un modo diferente, el goce del que los pacientes intentan liberarse constituye el punto de intersección entre estos autores. «Pero, mientras que Guiraud presenta cierta vaguedad respecto de la lógica interna del pasaje al acto esquizofrénico, Lacan indica que el **enemigo interior** presente en la paranoia de su paciente Aimée es de carácter puramente especular y permanece en el registro imaginario, así como también, señala la intervención de tendencias auto punitivas». (P.64. A quién mata el asesino)

Lista de filicidios

Como la lista es muy extensa, mencionaré solamente 12 casos.

- 1) Uno de los casos más escalofriantes de los últimos años lo protagonizó una mujer en Jaén al ahogar en la bañera a sus dos hijos, de 3 y 11 años.
- 2) En 2007, F.J.C. mató a su hija de 15 meses en la bañera a golpes y tras lanzarla contra la pared, asesinando también a su mujer en un hotel de Madrid.
- 3) En mayo de 2005, se produjo un triple homicidio en Elche cuando J.M., drogado y borracho, asesinó con un martillo a su mujer y sus dos hijos de 6 y 2 años.
- 4) En febrero de 2008, en el pueblo navarro de Mutilva, una madre dolida por el divorcio, A.J.M., mató a sus dos niños de 3 y 7 años con fármacos, salvándose dos de más edad. Fue condenada a 38 años de cárcel.
- 5) En 2010, L.A.S. mató a sus dos hijos, un bebé de 11 meses y una niña de 5 años en Lloret, Gerona. Los asfixió en el hotel para no perder la custodia en favor de un pederasta británico.
- 6) En noviembre de 2011, también en Gerona, un padre decapitó a su hija de 18 meses culpando al diablo que se lo había ordenado.

7) En octubre de 2010, José Luis colocó una bombona de butano junto a su hijo de 14 meses y la hizo arder en Ponte Ribeira, abrasando al niño y él escapando del coche en el que se encontraban en el último momento. Cuando llegaron al asesino, éste dijo: «Lo he matado yo, he sido yo, hacedme a mí lo mismo».

8) La Policía Nacional ha detenido en Zaragoza a una mujer de 27 años como presunta autora del asesinato de dos de sus hijas y de la tentativa de matar a la tercera. La primera muerte tuvo lugar en julio de 2011 y la segunda, el pasado 21 de noviembre. Los informes médicos vinculan los síntomas que presentaban los bebés, ambos de tres meses, a la participación de un agente externo. Por otra parte, la tentativa de homicidio sobre su otro bebé ocurrió en 2013.

9) 2013. «Caso Bretón». José Bretón, condenado a 40 años de prisión por el doble asesinato de sus hijos Ruth y José con la agravante de grado de parentesco, ha sido uno de los casos más seguidos por su crueldad y sangre fría. José Bretón quemaría a sus hijos adormeciéndolos con tranquilizantes, aprovechando «su mayor fortaleza física, su condición de padre y la consecuente confianza de los niños y su autoridad sobre ellos, sin que los mismos pudieran defenderse», tal y como indica la condena.

10) 2013. Detenida una mujer por tirar a su bebé por el desagüe en Alicante

Los bomberos sacaron al bebé vivo tras ser advertidos por una vecina al escuchar unos "aullidos"

11) 2015. Abril. Detenida una mujer que lanzó a sus dos hijos por la ventana en Toledo.

12) 2015. Mayo. Un macabro descubrimiento se ha producido en un pequeño pueblo rural de Francia, a apenas 50 kilómetros al sur de Burdeos. La policía francesa encuentra en una casa cinco bebés congelados. Estaban envueltos en el congelador en bolsas isotérmicas. Detuvieron a la madre.

Bibliografía.

MILLER, Jacques Alain: «Introducción a la clínica lacaniana». Conferencias en España. RBA Libros. 2006.

MILLER, Jacques Alain: «De semblantes y mujeres». Cuadernos del pasador. 1993.

SOLER, Colette: «Lo que Lacan dijo de las mujeres». Estudio de psicoanálisis. Paidós. 2006.

MOYA, Josep: «Maldad, culpa y responsabilidad». Ensayos psicoanalíticos y sociales. S&P Ediciones. 2014.

TENDLARZ, Silvia: «A quién mata el asesino». Editorial Paidós. Buenos aires. 2014.

TENDLARZ, Silvia: «Acerca del Kakon». Artículos. Web Internet.

DE GUZMAN, Eduardo. «Aurora de sangre, vida y muerte de Hildegart». (La linterna sorda) Madrid. 2014.

RENDUELLES OLMEDO, Guillermo: «El manuscrito encontrado en Ciempozuleos». (Genealogía del poder) Las Ediciones de la Piqueta. Madrid. 1989.

FREUD S.: «El por qué de la guerra». Correspondencia entre Einstein y Freud. Edición minúscula. 2001.

VIDAL, Camila: « Paradojas del deseo materno versus deseo del analista». Internet.

RUIIZ ACERO Iván: La sociedad de la vigilancia y sus criminales. (Compendio). Editorial Gredos.

D. MUÑOZ, Pablo.: «La invención lacaniana del pasaje al acto». Editorial Manantial. Buenos Aires.

LACAN, J.: Seminario XX Aun. Ediciones Paidós.

LACAN, J.: Seminario IX o peor. Ediciones Paidós.

INTERNET: (Lista de filicidios)